

NOSOTROS

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los lunes. — Precio de suscripción: 4 rs. al mes en Madrid. — Se suscribe en *Madrid*, librerías de *San Martín*, calle de la Victoria; *La Publicidad*, pasaje de Mathieu; *Bailly-Baillière*, calle del Príncipe; y en el establecimiento tipográfico de *D. José Casas y Díaz*, calle del Lobo, núm. 12. — En *Provincias*, dirigiéndose en carta franca á la Administración, calle de Preciados, núm. 52, 3.º, diez sellos de cuatro cuartos por un mes, y treinta por trimestre: suscribiéndose por medio de correspondientes, 18 rs. por un trimestre. — Un número suelto, 2 rs. vn.

NOSOTROS.

HOY.

Estoy por apostar cualquier dinero, si le tuviera, á que mis lectores, al leer el epígrafe de este artículo, creen por lo ménos que hoy va á descorrerse el velo de algun gran misterio, ó se verifica el tremendo eclipse total visible de sol, que en el vecino año 60 nos sumirá en la oscuridad en medio del día; pero, nada de eso es. Si os parais á reflexionar un rato, si el recuerdo de algun deudo ó pariente difunto os asalta, es porque hoy es el día 1.º de Noviembre, día de cadáveres: hoy es el día de echar una ojeada sobre nuestra vida pasada y cubrir sus desnudeces y miserias con el tupido velo del arrepentimiento, y al recordar el *memento homo...* las carnes se nos desprendan del hueso, las pantorrillas enflaquezcan y nuestro corazón se torne tamaño como una avellana; pero, desgraciadamente, hoy vemos la terrible realidad, la verdad amarga; hoy, día de duelo y de dolor en las familias; hoy, que contemplamos y vemos pasar ante nuestros ojos las sombras mudas y frías de nuestros deudos y amigos finados, y que al echarnos, con su sepulcral silencio, en cara nuestros vicios y nuestras deformidades, llega á tanto nuestra despreocupación, que lo creemos firmemente una ilusión de nuestros sentidos ó una debilidad de nuestro cerebro, y aún alguno que avanza más, desearia habérselas mano á mano con un vecino de los que fueron, al to-

car su hora suprema, á poblar otros mundos, departir con él, preguntarle si hay más allá; si el alma, al abandonar la cáscara, toma nueva forma; si le es dado volverse rana ó pato, ó trasformarse en olmo — como algunos en esta vida; — y si por allá dan peras; si las mujeres son curiosas; si las está prohibido el uso del miriñaque, como acá debería acontecer; si hay vias férreas, ó si viajan con el pensamiento, como en el mundo sucede, pues existe entre nosotros quien va á Paris, vuelve, cuenta maravillas, y averiguado, estuvo en Hortaleza. Pero, no, insensato; ¿dónde iba de suposición en suposición? ¿á dónde me conducía mi imaginación estraviada? A viajar á la manera de los que dejo espuesto: sin duda el terror de la espantosa realidad me hizo apartar de este mundo de farsa, á donde te voy á llevar de la mano, para que observes cosas que ni aún sueñas.

Entra sin temor en este ostentoso edificio, dirige la vista en derredor: plantas las más raras prestan sus aromas á este palacio encantado; mármoles y lámparas, reflejos de la vanidad y el lujo; soberbios mausoleos donde descansa la miseria y la podredumbre: ¿lo ves bien? Pues es un cementerio, la mansión de justos é injustos; es la casa de su eterno descanso; pero hasta ese límite la misma desigualdad: el justo y el pobre confundidos y olvidados en la fosa común; el rico en suntuoso panteón, espuesto á las miradas del vulgo é insultando más allá de la tumba con su fastuosidad. ¡Pobre humanidad! Ahora, observa entre el número de vivientes lo que di-

cen en este día á la sombra de los que yacen en sus tumbas.

¿Ves aquella jóven colorada y guapota, cogida del brazo de aquel que tiene trazas de ayuda de cámara? Repara dónde dirigen la vista, y óyela: «¡Pobre Pepe! dice ella; hace tres meses estábamos para casarnos, y ahora, mírale dónde está.» — «Sí; habrá sido un bien, dice con aire picaresco el ayuda de cámara.» ¿Ves aquel muchacho tan escuálido y descolorido como un esperezo, que se pára ante la tumba de su padre? Oye: «Era un bendito; pero si no le hubiera llegado su hora, yo estaría sin un maravedí.» Observa más allá una señora con dos niños y un caballero como un álamo negro pegado á su lado; va á ver á su esposo, que murió cuatro meses há, para pedirle perdon de haberse casado con el caballero álamo, por... convenir así á los intereses de los menores. Repara qué algazara la de aquel grupo; son dos menestrales con sus familias: su maestro, porque son ebanistas, murió el año anterior sin herederos, y les dejó el taller y clientela, y á la vista del difunto se rien de la holgura que les ha proporcionado á poca costa. Aquella matrona que se adelanta, con el velo echado, hácia una tumba sencilla y modesta, llega, se arrodilla, y á través de su velo se ven correr las lágrimas, admírala y no la saques de su éxtasis: así goza: es el único dolor verdadero que hallarás en esta mansion: es madre, y llora por su hijo, pobre flor temprana, que algun día hubiera sido apoyo de su ancianidad. Aprieta el paso, que vamos á seguir á aquellas lindas costureras: mira qué bulliciosas: son cuatro hermanas huérfanas; há poco murió su madre; han venido á verla; pero llevan priesa, porque las esperan para llevarlas á la buñuelería, que hoy es día de buñuelos y aguardiente. Ven, lector, ven, salgamos de aquí y vamos por los buñuelos: verás qué cuadro de costumbres.

En un reducido recinto, y á la luz de dos quinqués, se ven confundidas en ocho ó diez mesas gentes de diferentes clases y condiciones. Todos los rostros están animados de una alegría bulliciosa, prestando más animacion al cuadro, el tufo de los quinqués, el humo sofo-

cante del aceite y el vapor del aguardiente entremezclado con el aliento entrecortado de los manducantes de harina apelmazada, que no otra cosa son los buñuelos en este día: penetramos por fin, y escuchad lo que decia un caballero enjuto, de faz huesosa y ojos saltones.

—Desengañense Vds., señores; el que se muere, le entierran: la pena, el desconsuelo, el dolor, el luto, todo eso que hoy se ve en los cementerios, cuya costumbre desaparecerá en breve, todo, todo es mentira: ¡pobre del que muere! Yo he perdido padres, esposa, hijos, cuanto me pudiera hacer halagüeña la vida; y sin embargo, lo único que no he perdido, ha sido mi buen humor, mi apetito y mi aficion al aguardiente, que es el antídoto para cualquier clase de pesares.

—Tiene V. razon, D. Teófilo, dijo una señora, especie de alcotan en traje de mujer, que acompañaba al supradicho; yo lo que veo es que nadie se muere por otro; ántes al contrario, como todo el mundo anda á la que salta y tras de suplantar al que muere, los yernos quieren la muerte de los suegros; los sobrinos, de los tíos que piensan heredar; los calaveras, de sus decrépitos padres; hasta los criados, de sus amos, por si se acuerdan en su última hora.

—No se puede hablar tan en absoluto, señora, dije yo á la mujer-alcotan; áun hay quien conserva en el fondo de su corazon la suficiente fé y las tradiciones de sus mayores, para no hacer mofa y escarnio de este día, grande por los recuerdos que evoca, y sublime por el aviso tan importante que da al mortal, para que con tiempo se prepare para su hora postrera. En esto entraron de tropel veinte ó más troneras, que con voces desaforadas invitaban á comer buñuelos á sus parientes y amigos difuntos: ¡qué aviso tan provechoso para aquellos mozalvetes el de este día! ¡mofarse hasta de lo más santo! Todos los demás, como poseidos de un vértigo, tomaron parte en aquella algazara; y yo huí á hilvanar estos desdichados renglones, para ofrecerlos á mis lectores en descargo de mi conciencia.

A. Neira.

¡DIOS MEJORA SUS HORAS!

Episodios de la vida.

(CONCLUSION.)

A LA UNA.

—Andaba la mula...

—¿Qué diablo de mula ni de macho? Le pregunto á V. si sabe algo de la desgracia de mi madre...

—Pues eso es; andaba la mula que llevaba á su madre de V. por el camino que conduce á una casa de campo, cuando se asustó el animal y dió con ella en tierra, causándole una herida en la frente y algunas contusiones que, aunque graves, no lo son tanto, que tenga V. que temer por su vida.

—¿Y mis hermanas?

—Esas están todavía de ménos cuidado; como que su mal no es otro que un dolor que pillaron al arrojarse las dos en la acequia donde fué á parar en la caída su madre de V.

—Pero ¿V. sabe que están fuera de peligro?

—Sí, señor; duerma V. tranquilo y no tema.

—¡Dormir tranquilo! eso es precisamente lo que me hace falta.

A LAS DOS.

He ido á ver á un compañero de colegio y de oficina, para cobrarle dos duros que me debe, y he vuelto sin ellos.

Mi compañero no tiene más que una levita, y la levita estaba colgada en la percha; con todo, la criada me ha dicho que había salido temprano á ciertos asuntos. Tal vez andará por Madrid en mangas de camisa.

A LAS TRES.

Me acabo de arrancar una muela que me incomodaba hace algunos días. Creo escusado decir que la operacion ha sido gratis, y casi á ruegos del operador, al cual estoy recomendado por mi familia.

A LAS CUATRO.

La he visto, sí; ¡era ella!

Luisa, metida en un carruaje con su primo y á todo escape por la calle de Alcalá con direccion al Prado. Sin duda me ha conocido, porque una carcajada del galán ha hecho estremecerse todos mis nervios. Iba hermosa, más hermosa que nunca, y con el cabello despeinado. Y no es eso todo. Llevaba puesto el vestido nuevo, y creo que algunas gotas de vino en el camisolín.

A LAS DIEZ.

He pasado seis horas suspendido entre la muerte y la vida.

Mientras contemplaba en la calle de Alcalá el carruaje que llevaba á Luisa y su amante, y desde el medio de la calle le amenazaba con el puño, un caballo que bajaba galopando me ha atropellado, causándome algunas heridas. Felizmente el ginete era uno de los amigos que me habían acompañado la noche ántes, y me ha hecho conducir á su casa, donde me encuentro todavía.

Al volver del largo desmayo que me han producido el susto y la sangre perdida, he tratado de coordinar mis recuerdos, y el cuadro de mi ruina, de mi vergüenza, de mi desgracia y de mi desesperacion, se me ha presentado más oscuro y terrible que nunca.

A LAS ONCE.

Mi amigo, que había salido para avisar en mi casa y en las de algunas personas de confianza el percance de que he sido víctima, acaba de volver, y me asegura que estoy enteramente bueno y en disposicion de marchar á Zaragoza, donde me llama otra carta que he recibido de mi casa.

Le he hecho presente mi situacion, y se ha encargado de facilitarme los medios necesarios, quedando al mismo tiempo en el encargo de recoger de Félix mi frae y mi reloj.

A LAS DOCE.

El coche que me conduce, acaba de arrancar en este momento.

La impaciencia, el dolor y el sueño me rinden y me combaten, sin que tenga defensa, ni áun movimiento para resistirlos.

Voy colocado entre una señora gruesa y una ama de cria con su niño, que ha debido pasar tan mal como yo el día, y que se queja con aterradora frecuencia.

A LA UNA.

Acabamos de volcar, cayendo en un barranco, á consecuencia sin duda de haberse espantado los caballos con un enorme trueno, preludio de la abundante lluvia que amenaza sepultarnos en este abismo.

Segun mi estado de insensibilidad y de calma, cualquiera diría que estoy muerto. Sin embargo, me queda todavía la memoria para poder apreciar y comprender lo que puede dar de sí un día bien aprovechado.

¡Dios mio! ¡si es cierto, como ha dicho un escritor, que los días se parecen unos á otros, no me saques de este barranco!

Manuel del Palacio.

VARIEDADES.

MODAS.

Todo lo empeñado es un recuerdo doloroso, ó una realidad espantosa.

Ó se pierde la prenda empeñada, ó se paga el rédito al cumplimiento del plazo.

Ahora bien, Nosotros hemos empeñado una palabra, y, ó la cumplimos ¡cosa terrible! ó nos quedamos sin ella y sin honor, falta imperdonable en el que no tiene dinero.

¡Malhaya el refran de «al buey por el asta y al hombre por la palabra»! ¡Quién fuera casado, para tener dos agarraderas!

Si tal sucediese, dejárame uncir el yugo, ántes que el público se agarrase á mis palabras.

Pero aquí de los pesimistas. Por estar soltero, tengo que arrostrar la silba de todo un público de 600 suscritores.

Venga, si no, cualquiera, y diga si es cosa agradable ver á un hombre más feo que un *caballero particular*, y con más agallas que la tinta, ponerse á escribir de modas, como pudiera hacerlo la Miró ó la más remilgada modista de la Carrera de San Gerónimo.

¿Qué estrella me tendréis á mí deparada, ¡santos cielos! cuando tan mala le cupo en suerte, á un hombre tan sábio como D. Alfonso el idem?

Nosotros prometimos hablar de moda, sin contar con el *modo* de cumplir nuestra promesa.

Es decir, dispusimos de la mujer sin permiso del marido, el cual, como casi todos sus cofrades, al verse libre, huye á cien leguas de distancia, sin que de nada sirvan pesquisas para averiguar su paradero.

El seductor, que creía burlar á la *victima*, se encuentra con que tiene que cargar con la plepa, que ya no se apartará de su lado, sino como la sanguijuela del cuerpo.

Convencidos, pues, de nuestra desgracia, pongamos manos á la obra. ¡Ea! ¿Quién dijo miedo? ¿No ha escrito y puesto en escena un drama el señor Estrella?

Como que el invierno se os echa encima, amables lectoras, necesario es que os ayudemos con nuestros consejos, para que en todas partes os podáis presentar como el autor de *Vida por honra*, y nosotros reconoceros como pertenecientes á nuestra lista de suscripción.

Nadie podrá negar la influencia del teatro en las costumbres. ¿Dudais de lo que digo? Pues oid.

Todos los Ministros de Marina que ha habido hasta ahora en España (cuidado con desmentirme, que es falta de cortesía), han navegado, ó visto por lo ménos algun buque.

Para poseer este requisito, era necesario seguir

una carrera, sufrir mil privaciones, y andar dando tumbos por esos mares de Dios.

Esta rancia costumbre ha sido destruida por el poderoso influjo del teatro.

Joaquin Arjona, Sobrado, García, pueden aspirar á uno de los primeros puestos del Estado, con los mismos derechos que el más asendereado marino, sin haber visto ellos más puerto que el de Guadarrama.

Pero ¿á qué alegar ejemplos intrincados?

Todas vosotras, queridas lectoras, habréis usado inocentemente, si los habeis tenido, aderezos de perlas negras.

¡Infelices! no sabíais su terrible cualidad.

¡A cuántos amantes vuestros habréis mandado á Leganés, ántes de tener la conciencia del horrendo maleficio!

Hé aquí el teatro dando principios de higiene sobre modas.

De hoy más, ninguna mujer que tenga novio, podrá usar perlas de semejante color, á ménos que no vaya un rey tras de su amante.

Acabais de ver al teatro influyendo sobre la higiene de las modas; ahora le veréis cambiando su tecnología.

Al ahuecador tontillo se le daba el nombre de miriñaque. Este nombre era vulgar, insulso y nada onomatopéyico.

De hoy más, no se llamarán miriñaques. Se llamarán *buitres*.

Este nombre asocia una idea grande, sublime, en vuestra mente. Recuerda al gallardo buque del *Hijo de la noche*, con quien compiten en pompa y majestad: hay que tomarlo al abordaje, como al *buitre*, es tan grande como él, como él hueco y sospechoso.

No se permitirá á ninguna dama *comm'il faut* ir con *buitre* al teatro, escepto al de Novedades, que, por lo desierto, admite con comodidad de los espectadores, tales y tan escandalosas masas.

Influyendo siempre el teatro en las modas, divi-
de al bello sexo en tres clases, á saber:

1.^a Zarzuelistas.

2.^a Cirqueras.

3.^a Realistas.

La palabra *Zarzuelistas* viene á reemplazar las de *damas fashionables*. Son éstas las que estrenan trages todos los dias, con gusto ó sin él.

A las primeras se las llamará *Grumetistas*, en memoria del inspirado *Grumete*.

A las otras *Lanceristas*, en memoria de los mal pergeñados *Lanceros*.

Segunda denominacion.—Cirqueras.

Tendrán este nombre todas las de la clase media que saquen á relucir trages del pasado ó anteriores años, en memoria de los trages y decoraciones del Circo. Cuando los trages viejos se comprenden de lance, se llamarán Arjo-Romeistas.

Tercera denominacion.—Realistas.

Se llamarán así esas mujeres avaras, que poseyendo riquezas y deberes de ostentacion y lujo, se encaprichan, para mengua de su clase, en tener muebles apolillados y trages groseros.

Segun nuestras observaciones, de las *Cirqueras* puede esperarse enmienda; pero no de las *Realistas*, á quienes nada importa el ridiculo con tal de salirse cada cual con la suya.

Pudiéramos añadir otras denominaciones secundarias, como las de *Witizas* á las *Cirqueras* que se ponen mal sus trages viejos, *Cabellistas* á las que estropean cortes de vestidos buenos y de *novedades*, etc. Pero las omitimos en gracia de la brevedad.

Voy á decir algo sobre modas de caballeros...

Pero... idos mucho con Dios, zagalones; pues no me faltaba más que poner en prensa mi imaginacion para instruiros. Que se fastidie el que no sea tan buen mozo como el Cirquero.

Ramon R. Correa.

RÁFAGAS.

Nuestro apreciable colega *El Proscenio* regala á sus abonados, en uno de sus números anteriores, el retrato de cuerpo entero de la apreciable actriz Sra. Llanos de Valentini, diseñado por pluma tan ducha, que no le falta ni un solo detalle; pero lo recargado de sus tintas, abigarrado de sus colores y poca armonía en el conjunto, nos hace recordar el gallo del célebre pintor Orbaneja, que hubo necesidad de poner: *este es un gallo*.

Elogiando el mismo *Proscenio* á la Sra. Llanos en el desempeño del drama *La Vaquera de la Finojosa*, lo hace en tales términos, que hemos dudado si el articulista escribía en sério, ó queria dar una broma pesada á esta señora. ¡Válgame Dios, y qué cosas tienes, vecino! no te chancées de esa manera con la reputacion de los artistas, que es su patrimonio, así como el nuestro es la conciencia, la imparcialidad y la justicia, aunque nuestra objetividad nos haga ver montes donde solo hay llanos.

En una pendencia Juan
Tan fuerte golpe sufrió,
Que un ojo se le saltó,
Y gritaba con afán:
— ¡Por Dios, señor cirujano!...
¿ Llegaré el ojo á perder?
— Muchacho, no puede ser,
Porque lo tengo en la mano.

A un pobre labrador enfermo le recetó el médico tomarse veinte baños en un paraje distante de su residencia.

El paciente, que no perdonaba medios para recobrar su salud, á fuerza de inmensos sacrificios se dirigió al sitio destinado.

Apenas hubo llegado, se dirigió al baño, y á los dos dias de hallarse aún dentro del agua, dando diente con diente y pálido como un cadáver,

—¿ Qué hace V., preguntó el bañero, como una rana dos dias dentro del agua?

— Señor, contestó tartamudeando el bañista, me han recetado veinte baños, soy un pobre falto de recursos, no puedo hacer desembolsos de ninguna especie, y así quiero tomarlos de una vez para economizar gastos.

Preguntaba Doña Baltasara á un mendigo:

— ¡ Hermano! ¿ qué quiere V. mejor, un poco pan, ó un poco caldo?

Y el vergonzante contestaba:

— Señora, unas sopitas.

Un pavo, temeroso de la muerte,
Al ver la triste suerte
De todos sus colegas,
Escapó de la casa en que vivia,
Y se metió en la mia.

Y yo, apenas le ví,
Lo maté, lo guisé y me lo comí.
Aquel pavo inocente no sabia,
De la ignorancia esclavo,
Que siempre será el mismo el fin del pavo.

Se dirigia Juanillo á la taberna para llevar vino á su padre, y le decian sus compañeros:

— Anda, truan, que hemos de decir á tu padre, que cuando vas por el vino te lo bebes.

— No, chicos, contestaba Juanillo; cuando vuelvo.

Un insigne *maca* de una aldea insigne no se conformó con el dictámen que un facultativo emitia en un juicio de escepciones físicas para la exclusion del servicio militar, en que él era interesado, y dijo muy sério al alcalde que presidia:

— Sr. Alcarde, detesto la quinta.

— Detesta tú lo que sea tuyo, — contestóle el alcalde; á lo que el *maca* repuso enfurecido:

— Es que si no se me oye aquí, recurriré hasta la Historia Natural.

Nosotros.

POESÍAS.

BALADA.

De rodillas en la tumba,
En la tumba de mi padre,
Amor eterno
Tú me juraste.
Si al juramento un dia
Faltas cobarde,
Te lo ruego, amor mio,
No pases por la tumba de mi padre.

Pedro Antonio de Alarcon.

LA CITA.

I.

En negra noche nublada,
Galan prudente, aunque mozo,
Cruza por calle apartada,
Una mano en el embozo
Y otra en la cruz de su espada.

De continente altanero,
Aunque cuerdo el rostro cubre,
Bien se ve que es caballero,
Pues su nobleza descubre
La pluma de su sombrero.

Calle adelante se aleja
Envuelto en la niebla oscura;
Hondo cuidado le aqueja;
Quizá un agravio le apura,
Quizá le llama una reja.

II.

En negra noche nublada,
Tapada de airoso talle,
Por negra toca velada,
Misteriosa y recatada
Cruza solitaria calle.

Noble será y conocida,
Dama que envuelta en su manto
Va de una dueña seguida;
Que mucho su nombre cuida
Quien tiene el misterio en tanto.

Diz que cerca una campana
Al pueblo á rezar convoca,
Y acaso, con fé cristiana,
Vaya á una iglesia cercana
La dama de negra toca.

III.

Pasadas tres noches van,
Lector, y en la villa es fama
Que espera con hondo afán
Tras una reja una dama,
Y nunca llega el galán.

Y mienten, que en noche oscura,
Y en triste calle apartada,
Doncel de noble apostura
Tuvo secreta aventura
De amor con una tapada.

Mas lo que en ella pasó,
Nadie lo supo decir;
Pues la dueña se durmió,
Quizá porque comprendió
Que su oficio era dormir.

Juan A. Viedma.

REVISTA DE TEATROS.

Una de las cualidades peores que yo tengo, á fuerza de ser buena, es, amados lectores, la candidez.

Tan cándido soy, que aún creo en que el público fué injusto estrellándose contra el Sr. Estrella.

Este vicio virtuoso me llevó hasta el punto de confiar á piés juntillas en los carteles que en las esquinas se fijaron, cuando la apertura del coliseo del Príncipe.

Al momento que los leí, dije para mis adentros:

«Hé aquí una empresa que lo entiende. ¡Y cómo va á enfurecerse la del Circo en cuanto la vea maniobrar!»

Colérico como yo estaba, cogí la pluma y amenacé á la empresa del Circo con la actividad de la del Príncipe.

Pero ni siquiera me valió aquello de «un clavo saca otro clavo»; porque el Circo siguió entónces lo mismo que estaba, y el Príncipe pasó á ser lo que era el Circo.

Efectivamente, el antiguo teatro Español desempeña hoy los oficios de prendero.

La anterior semana ha puesto en escena, entre otras cosas viejas, *La hija de las flores*, á cuya ejecucion consagraremos algunas palabras.

La Sra. Palma, que ejecuta el papel de Flora, vence casi todas las dificultades que el tal desempeño le presenta. Pero hay otras que no puede vencer, y que pudieran ser corregidas con el arte. A este género pertenece la entonacion que da á su voz, entonacion amanerada, y que en lugar de disimular la calidad de aquella, pone en relieve sus defectos.

La Sra. Llanos de Valentini dice bien; comprende todo lo que ejecuta; por más que algunas veces no ejecute lo que comprende.

La Srta. Valverde, alumna del Conservatorio y encargada del papel de nodriza, cumplió pésimamente con su encargo.

Carece de todas las dotes que constituyen una actriz. No solo no comprendió ni interpretó su papel, sino que hubo momentos, como aquel en que se arroja á los piés de la madre de Flora implorando perdon, en que estuvo tan fuera de todas las condiciones del arte, que el público le mostró su desagrado, á pesar de su nunca desmentida galanteria.

Los Sres. Ossorio y Pizarroso ejecutaron sus respectivos papeles con maestria é inteligencia.

El Sr. Olona confía todo el efecto que quiere producir, á la apretura de los dientes y apertura de los lábios, lo cual nos ha determinado á escribir una obra *ad eum*, en que el protagonista esté atacado de la hidrofobia.

Le auguramos grandes triunfos.

No debemos pasar en silencio la *acabadísima* ejecucion del Sr. Ossorio en el sainete titulado *El sopista mendrugo*.

Pero los Sres. Romea y Arjona nos aguardan con *El Hijo de la noche* entre los brazos, hijo querido, que les paga con creces la proteccion que le dieron.

Antes debemos decir algunas palabras sobre las obras de espectáculo.

Creemos que estas son un feliz adelanto. Creemos que el público, admirador de lo grande y maravilloso, aplaude y protege con justicia espectáculos como *El Hijo de la noche*. Creemos más, y es, que debia establecerse en Madrid un teatro destinado esclusivamente á esta clase de espectáculos, que ademas de ser un progreso y una atrevida aplicacion de la ciencia á las artes, sorprende, agrada y entusiasma los ánimos de los espectadores.

Esta creencia nos hace dar la enhorabuena á los empresarios, maquinistas, y principalmente al Sr. D. Toribio Anton, director de los trabajos.

Pero hay otra cosa que se llama bella literatura. Esta, que es reina, no parte con nadie su trono, no vive de prestados atavíos, no necesita de colorete para avivar su hermosura. Al ver las funciones de espectáculo, se sonríe de lástima y desprecio, porque es una concesion que hace á

las medianías, ella, que vive sólo para el talento y la sensibilidad exquisita.

Nosotros, que damos la enhorabuena al señor D. Toribio Anton, censuramos altamente á los Sres. Romea y Arjona, artistas intérpretes de lo bello y delicado, y les felicitamos como empresarios de funciones de espectáculo.

Ciñéndonos á hablar de *El Hijo de la noche*, diremos que, como obra literaria, es de escaso mérito, á pesar de tener interesantes situaciones. El público lo ha caracterizado bien con la frase de «*voy á ver el barco*» pues efectivamente, la obra es un pretexto para que salga la embarcación. Esta ha sido presentada en escena con una propiedad y precision que superan á todo elogio. Las maniobras que se ejecutan, el movimiento del buque, el color del líquido y alborotado elemento, todo se ve tal como es, sin que el más mínimo accidente destruya tan perfecta ilusion. Pero esto concierne á los maquinistas: ¿qué tal los actores?

El Sr. Arjona (D. Joaquin) no sirve para pirata; por lo cual le damos la enhorabuena.

La Srta. Mateo, alumna del Conservatorio, no demuestra en la ejecucion del drama condiciones de artista. Todo lo dice sin arte, sin fuego y sin inteligencia. Sentimos ser tan duros; pero ante todo, tenemos que decir la verdad.

En igual caso se encuentran las Sras. Carrasco y Molina.

No así la Srta. Hijosa. Esta actriz es cada vez más aplaudida del público por su privilegiado talento, por su naturalidad en el decir y por el conocimiento que tiene de la escena.

Entre la parte masculina, los únicos que están en carácter, son los Sres. Sobrado y García, principalmente éste último, que cada día progresa en sus adelantos.

Aún nos queda Jovellanos.

Si ya todos nuestros colegas no hubiesen manifestado y aplaudido unánimemente el generoso rasgo del Sr. Salas, nosotros lo haríamos ahora en nombre de la familia del que fué nuestro amigo.

El malogrado Allú dejó, al morir, la partitura de la *Dama Blanca* en un estado casi de embrion. Además de los últimos toques que realzan toda obra del arte, faltaba instrumentar las piezas escritas, trabajo del cual se encargaron varios profesores.

Instrumentada ya, púsose en escena la noche del jueves, en presencia de SS. MM. y de un escogido público.

Pero, por desgracia del Sr. Salas, del desgraciado Allú y del público, el tenor Sr. Azula se hallaba encargado del principal papel. ¡Ave María Purísima! ¿Dónde ha aprendido á cantar el señor Azula? Pero antes de todo, ¿quién le dijo que cantase?

Figúrense nuestros lectores una voz gutural, un método de canto sin método, una desafinación continua, una plaga, en fin, en forma de tenor, y aún así no tendrán idea de la voz del propietario del castillo de Avenel.

Sentimos tanto más estas cualidades, cuanto que nos honramos con la amistad del Sr. Azula, á quien el deber nos obliga á tratar de este modo.

Si como primer consejo no tuviéramos que darle el de que cambiase de voz, le daríamos alguno que indicasen nuestro buen deseo.

Lo restante de la ejecucion fué regular.

El Sr. Sarmiento con la flauta, y el Sr. Melliez con el fagot, causaron el entusiasmo del público.

Los mismos aplausos se atrajeron la Sra. Roaldés y el Sr. Monasterio en la ejecucion del duo de arpa y violin.

Las alumnas del Conservatorio interpretaron con gusto una cantata italiana.

¿Habeis oido hablar, caros lectores, de la culebra boa?

Pues bien, debeis saber que esta señora culebra se despierta, se traga un cabrito y vuelve á quedarse dormida para dos ó tres meses, al cabo de los cuales ejecuta lo mismo.

Lo mismo es el teatro de *Novedades*.

Se despierta, se traga el importe de una novedad y se echa despues á dormir, hasta que Dios le depara otra.

¡Ojalá que Dios se la depare pronto, lectores! porque si no, el día ménos pensado se encuentra dicho teatro con que se le enfria el telon de boca, y ¡ay de los triunfos del Sr. Cabello!

Mientras tanto, vamos viendo *El Hijo de la noche*.

Paco Neyn.

ESPOSICION DE PINTURA EN 1858.

ACTO SEGUNDO.

(La misma decoracion del acto anterior.)

D. JUSTO. Me alegro de ver á V., D. Severo.

D. SEVERO. Estoy á sus órdenes, amigo mio.

D. JUSTO. Precisamente venia en su busca; pues, segun me han informado, hay algo nuevo que ver.

D. SEVERO. Mil gracias por su buen recuerdo. Tambien yo le tuve muy presente el otro día, al dirigirme á este sitio y no encontrarle. De modo que tengo en el buche ciertos granos que digerir; y así, pues, con su permiso, dígame V. lo que representa este cuadro.

Los Amantes de Teruel. (N.º 57.)

D. JUSTO. Los Amantes de Teruel.

D. SEVERO. ¿Y qué más?

D. JUSTO. Nada más.

D. SEVERO. Dígame V., ¿no le parece que la figura de Doña Inés es un tanto larga?

¿A que me lleva V. la contraria?

D. JUSTO. No, señor; creo que tiene V. razon en este punto; pero yo no juzgo con tanta severidad un cuadro original en su tono, y en donde hay tanto bueno...

D. SEVERO. Poco á poco, mi Sr. D. Justo. Mire V. que, si aquellos sacristanes y monaguillos son buenos, yo no sé lo que es malo.

D. JUSTO. No serán buenos; pero es un accesorio en que no hay gran interes, y hecho, por lo tanto, con algun descuido.

D. SEVERO. Sí... bien. Pero es necesario decir la verdad. Esta, que nos aconseja afirmar que hay muy buenas manos, nos obliga á decir al Sr. García que debiera haber puesto más cuidado en las figuras principales...

D. JUSTO. Sr. D. Severo, no sea V. tan idem, y crea conmigo que este cuadro puede llenar de orgullo á su autor.

Prision de LANUZA. (N.º 83.)

D. SEVERO. ¿Me hace V. el obsequio de decirme qué representa el núm. 83, y por quién está ejecutado?

D. JUSTO. El núm. 83 representa el acto en que Lanuza, justicia de Aragon, es hecho prisionero.

D. SEVERO. Me parece que al pintor se le ha olvidado una de las dos máximas ó preceptos sacramentales del arte de pintar.

D. JUSTO. Explíquese V., pues no le entiendo bien lo que quiere decir.

D. SEVERO. Quiero decir, que no hay luz en el cuadro, el cual por lo tanto carece de efecto. Si no le faltase esta cualidad, el cuadro pudiera haber tenido condiciones bastante buenas.

D. JUSTO. Estoy algo acorde con esa idea, porque yo esperaba un poco más de este artista, máxime habiendo otras obras suyas muy buenas y que revelan talento.

D. SEVERO. Si le parece á V., Sr. D. Justo, dirijámonos á las galerías altas á ver lo bueno que por allí hay, pues tengo gran curiosidad, y si se hace tarde, no tendrémos luz.

D. JUSTO. Soy de la misma opinion; y dejaremos para otro dia ver los cuadros del señor D. Luis Rivera, Llanos...

D. SEVERO. Permítame V.: me nombra V. un artista que me obliga á no pasar adelante sin que veamos su cuadro del Lazarillo de Tormes, pues he oido hablar mucho de él.

D. JUSTO. En efecto, mucho se ha hablado; y ándese V. con tiento en emitir su opinion, porque personas muy respetables, ó mejor dicho, plumas acreditadas han hecho de este cuadro grandes elogios; pero héte aquí el susodicho.

El Lazarillo de Tormes. (N.º 94.)

D. SEVERO. Verdad es que tiene el aspecto de un cuadro antiguo; pero como en lo antiguo encuentro muchas veces algo que no me gusta, creo no sea esto lo que haya guiado á esas plumas acreditadas á elogiarle.

D. JUSTO. Positivamente que no será esa la razon, sino el ver una buena cabeza en el viejo, y lo graciosamente agrupadas que están las dos figuras.

D. SEVERO. Me parece (con permiso de V.) que hay algo de fatiga y dureza en el Lazarillo, primeramente en la cabeza...

D. JUSTO. Hay que tener presente, que para alcanzar esa espresion picaresca y maliciosa, no pueden correr los pinceles de un jóven, como los de un artista consumado y encanecido en la práctica de hacer, y le basta y le sobra á su edad al Sr. Llanos, el manifestar que siente lo que hace de una manera poco comun.

D. SEVERO. Tiene V. razon, y me convencen sus palabras; pero esto no era más que una pobre opinion mia: por lo tanto, me callo: pasemos á las galerías altas, que se hace tarde, puede sorprendernos la hora, y...

D. JUSTO. Deténgase V. un momento; mire qué bonito cuadro; me encanta su color.

Cuadro del Sr. Manzano.—SANCHO PANZA. (N.º 101.)

D. SEVERO. Efectivamente, que tiene muy buen color: es Sancho Panza, sin duda alguna. ¿Sabe V., D. Justo, que el mocito no es rana?

D. JUSTO. Ya lo creo que tiene grandes dotes artísticas el Sr. Manzano: ya le verá usted otro dia despacio, y podrá V. juzgarle con más datos en varias otras obras que tiene espuestas; por hoy demos punto, que ha sonado la hora fatal, y con su permiso me retiro, hasta el lunes ó martes, en que me encontrará á su disposicion para proseguir...

D. SEVERO. A la disposicion de V., Sr. D. Justo, y espero que nuestros juicios criticos queden entre Nosotros, y quizá nos evitemos alguna filípica de esas plumas autorizadas, como V. dice.

Cosme Algarra.

MESA REVUELTA.

A consecuencia de haber hecho *fiasco* en el teatro italiano de Paris el tenor Galvani, ha sido escriturado para reemplazarle nuestro compatriota Buenaventura Belart, tan ventajosamente conocido de aquel público, por el éxito que obtuvo en la temporada anterior.

Lo mismo podia hacer el Sr. Salas con el tenor Azula, el bajo Royo y alguna que otra tiple estraviada.

Ha sido presentada y admitida para su representacion en el teatro de Novedades, la comedia en un acto titulada *Amar por segunda mano*, original y en verso, del Sr. D. José Santa Coloma.

La *segunda mano*, ¿no es la izquierda?

Pues entónces, la comedia es *zurda*.

Nuestro buen amigo el Sr. D. José Cajigal, conocido en nuestros círculos filarmónicos, ha llegado á esta corte, procedente del vecino Imperio. ¿Qué me cuenta usted?

Ha llegado á nuestras manos el primer número de un periódico de teatros, literatura y artes, titulado *El Ensayo*.

Si á las *funciones* no va gente, á los *ensayos* ¿quién acudirá?

Traslado á Novedades para que informe.

La célebre cantatriz Madama Anna Bishop ha llegado á Inglaterra: dará un concierto en Oxford, y probablemente la contratarán para el Palacio de Cristal de Sydenham.

Hay quien dice que para cantar abre la boca.

¿Caramba qué pillo soy!

Santiago Infante de Palacios.

DIRECTOR, Manuel del Palacio.

MADRID.—Imp. de J. CASAS Y DIAZ, Editor responsable, calle del Lobo, 12.